

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 05 | NÚMERO 10 | DICIEMBRE 2024 | ISSN 2452-5707

ARTÍCULOS

El Pueblazo de los chicos (Buenos Aires, Argentina - 1983)

The 'Pueblazo' of the Children (Buenos Aires, Argentina - 1983)

Celeste De Marco

CONICET

Universidad Nacional de Quilmes

Argentina

✉ celestedemarco88@gmail.com

ORCID [0000-0001-5382-5143](https://orcid.org/0000-0001-5382-5143)

Recibido: 05 de marzo 2024

Aceptado: 11 de noviembre 2024

Resumen: Se analiza la participación infantil en el Pueblazo, gesta popular en General Belgrano, un pueblo del interior de la provincia de Buenos Aires, a finales de la última dictadura argentina (1976-1983). Un evento considerado fundacional de la recuperación democrática a nivel local. A partir de fotografías y memorias, se reflexiona sobre el modo en que las prácticas infantiles, lejos de suponer una réplica miniaturizada de las acciones, actitudes y potencialidades del mundo adulto, muestran un ordenamiento de lo emocional con formas de participación en las que se puede identificar un sentido de lo político y una clara vocación de formar parte.

Palabras clave: Pueblazo, Dictadura, Infancia, Memoria, Argentina

Abstract: This study examines children's involvement in the "Pueblazo," a popular uprising in General Belgrano, a town in the interior of the Buenos Aires province at the end of the last Argentine dictatorship (1976-1983). This event is considered foundational for the democratic reconstruction of the community. Through photographs and memories, the analysis reflects on how children's practices, rather than being a small-scale reflection of adult actions, attitudes, and potentialities, reveal an emotional order with forms of participation that demonstrate a sense of the political and a clear desire to be involved.

Keywords: Pueblazo, Dictatorship, Childhood, Memory, Argentina

Introducción

En General Belgrano, un partido del interior de la provincia de Buenos Aires (Argentina), a inicios de los ochenta la identidad local se debatía entre el río Salado y unos contornos rurales que lo definían como un “pueblo de campaña de auténtica extracción ganadera”.¹ En ese terruño, donde la cotidianidad transcurría con parsimonia, nada hacía sospechar que se vivirían jornadas de agitación social. Sin embargo, así ocurrió. Entre el dos y el cuatro de septiembre de 1983 pocos vecinos (si acaso alguno) quedaron ajenos a una movilización que recorrió calles, plazas y otros puntos neurálgicos del pueblo. Aunque, en realidad, el problema se debatía en los extramuros rurales, donde unas 130 hectáreas habían quedado envueltas en una imprevisible puja de poder entre la Provincia y el municipio.

En efecto, cuando la última dictadura militar argentina (1976-1983) mostraba los signos de un agotamiento que daba paso al retorno democrático, el gobierno de la provincia de Buenos Aires -de forma imprevista, unilateral y despótica- ordenó rematar tierras que habían formado parte de una estancia y luego de una colonia agrícola, a unos diez kilómetros del pueblo. La reacción no se hizo esperar: en las calles desfilaron marchas, en la plaza central se entonaron cánticos contra la dictadura y el propio palacio municipal fue tomado. La magnitud de lo acontecido fue tal que trascendió con nombre propio: el Pueblazo.

Precisamente, todo un pueblo quedó en vilo: el orden se trastocó y las diferencias políticas, así como las distancias sociales, lograron converger en la convicción de que el patrimonio común estaba en peligro y era necesario defenderlo, propósito que se coronó con una recordada victoria. El Pueblazo, se podría decir, configuró un auténtico juego de palabras. De esa forma se definió a un movimiento popular espontáneo y generalizado, pero, a su vez, nacido en un pueblo. Es decir, en uno de esos escenarios habitualmente ajenos a los desbordes de la agitada vida capitalina, ocultos (en principio) a la furia de la impronta dictatorial.

Con el correr del tiempo los eventos del Pueblazo se reconocieron como un hito fundamental de la historia local, vinculado con la recuperación democrática. De hecho, cada año desde entonces se ha celebrado su aniversario con presencia de autoridades, se llegó a pintar un mural conmemorativo (cuya posterior eliminación generó un revuelo) e incluso en 2023 se inauguró una escuela secundaria con el nombre de la gesta popular (S/A, 2022; GPBA, 2023). No cabe duda de que el evento dejó una fuerte impronta y la memoria institucional lo

¹ Con esas palabras lo describió un vecino de la zona, en una carta de lectores enviada al periódico *El Imparcial*, publicada el 15 de septiembre de 1983 (citado en Katz, 1984, pp. 128)

incorporó como una fecha trascendente. Pero cuando se observan imágenes de aquellos días o se reconstruyen memorias, emerge lo infantil en los resquicios de la presencia adulta. Los niños(as) tomaron las calles, levantaron banderas y entonaron cánticos; pero también presenciaron diatribas, se escurrieron para espiar y asumieron actitudes que resultaron, tal vez, más importantes de lo que se supuso.

Este trabajo aborda un caso que nos resulta, por tanto, de particular interés. En un sentido general, supone una mirada sobre las *niñeces de pueblo*, como hemos elegido conceptualizarlas en trabajos previos (De Marco, 2024). Nos referimos a niños(as) que vivieron en ciudades cabecera de partidos² del interior de la provincia de Buenos Aires, es decir, espacios urbanos rodeados por una ruralidad que formaba la identidad de la población agrupada. Dicho en otras palabras, nos interesa profundizar en un abanico de experiencias donde el vínculo rural-urbano forjó modos específicos de ser niño(a) en la vastedad de realidades propias de una provincia tan rica, como diversa y desigual. No obstante, condiciones comparables (aunque con sus particularidades) atravesaron vidas infantiles en otros partidos/departamentos, en diferentes provincias argentinas e incluso regiones de América Latina donde, en oposición a la concentración demográfica e industrialización urbana, se extendía un interior rural atomizado. La pregunta por esas vidas pequeñas e invisibilizadas orienta nuestro interés de investigación que enmarca este trabajo.

Por eso, este trabajo es una invitación a pensar el pasado infantil allí donde lo rural y lo urbano se desplegaron de forma superpuesta en los pequeños y conocidos escenarios de la vida pueblerina, desde donde lo “urbano” con mayúsculas se observaba con mezclas de recelo, curiosidad y deseo. Desde ese punto de vista, entonces, proponemos una clave de lectura que puede ser valiosa para diversas realidades regionales donde los vínculos campo y ciudad se ensamblaron de formas variables. En un sentido más acotado, desde nuestra perspectiva, el Pueblazo se presenta como una oportunidad para, desde lo peculiar, pensar un cruce entre la infancia, lo político y lo local, en el marco de una experiencia dictatorial en retirada. Por eso, desde un abordaje que recoge preocupaciones de una historia social centrada en las niñeces, indagamos sobre la participación infantil en un momento considerado fundante de la reconstrucción democrática en un pueblo.

Cabe destacar que las experiencias infantiles en dictadura en los estudios históricos configuran un terreno con avances potentes, pero también irregulares. El análisis de infancias exiliadas (Chmiel, 2023), en tanto hijos(as) de per-

2 La provincia de Buenos Aires se divide en 135 municipios que se denominan como partidos.

seguidos políticos o desaparecidos, donde la memoria de la infancia emerge, aparece como una cuestión central. De hecho, los trabajos que abordan la elaboración posterior de esas experiencias a través de la militancia o el arte también constituyen un gran punto de entrada a la temática (Arfuch, 2015; Basile, 2019). En cuanto a los estudios ubicados en la memoria de la infancia, para el caso chileno citamos el trabajo de Castillo (2015) y Castillo y Peña, Rojas y Briones (2018). El aporte de Cafaro Mango (2022) aborda, desde el recuerdo, las experiencias de niñeces militantes en la dictadura uruguaya. En un sentido que complementa los estudios sobre memorias, se encuentran trabajos que abordan las experiencias infantiles en la materialidad de las vivencias, como cartas o cuadernos. Citamos aquí, a modo de ejemplo, el aporte de Villagra (2022) también sobre Chile. Más escasos, en cambio, son las investigaciones que abordan la figura de los infantes en términos de víctimas específicas del terrorismo de estado (Pérez y Capdepón, 2020; Urosevich, 2023). Es imprescindible aquí citar, a modo de ejemplo, el aporte de Villalta (2009) y, más recientemente, Sucari (2021) para el caso argentino. Estas perspectivas se complementan, necesariamente, con investigaciones que abordan las políticas de infancia ejecutadas por los gobiernos dictatoriales (Osuna, 2019). Pero, en general, en las investigaciones priman las niñeces como testigos, en tanto la perspectiva que las sitúa como víctimas requiere de profundización y constituye, en la actualidad, una reivindicación insatisfecha (Pérez y Capdepón, 2020). En cualquier caso, una sugerente línea de trabajo es la que recoge las expresiones de un extenso grupo infantil cuyas vidas transcurrieron en una supuesta “normalidad”. Citamos, en este sentido, a Llobet (2015a, 2015b, 2016), cuyo trabajo se enfoca en niñeces presuntamente ajenas a la dictadura, en el interior argentino. Sin embargo, al trascender la premisa de que dichas niñeces se mantuvieron ajenas o protegidas, coincidimos con la autora en que es necesario preguntarse por “relaciones permeables a los valores autoritarios, y por las formas en que lo dictatorial emergía en la vida cotidiana” (Llobet, 2016, p. 95). Desde nuestra perspectiva, también por los modos en que los niños(as) pudieron expresarse frente a eso en oportunidades concretas, con qué recursos, motivaciones y resultados. Por lo anterior, resulta imprescindible esclarecer algunas ideas que fundan el análisis.

Por un lado, este trabajo es tributario de discusiones propias de una “historia desde abajo”, compartidas también en los estudios de la infancia. Como nota Alexander (2015), ambos recalcan en el interés por dar atención a individuos que fueron percibidos como silentes, pasivos o sin poder. En tal sentido, un concepto de crucial importancia ha sido el de agencia, entendido como la capacidad de los individuos de actuar de forma independiente. En cuanto a los niños(as), supondría reconocer su capacidad para tomar decisiones que afectan a sus propias vidas, pero también su entorno, así como expresar ideas propias (James y James,

2010). Sin embargo, el uso acrítico de este concepto en los estudios de infancia, incluyendo perspectivas históricas, fue cuestionado. Como apuntan Pávez Soto y Sepúlveda (2019), pensar actuaciones infantojuveniles en términos de agencia implica, necesariamente, asumir que “la acción infantil se desenvuelve dentro de parámetros distintos a los del mundo adulto, porque están situados en una posición de inferioridad respecto al poder”.³ Además, porque en general pretende recoger pistas sobre autonomía y resistencia, que supone a su tiempo desatender otro tipo de expresiones; y al buscar indicios de defensa de intereses propios y desafío a la autoridad, en opinión de Gleason (2016, p. 458), se terminan valorando “cualidades asociadas con la incipiente adultez, con crecer y esencialmente salir de la infancia”. Esto último podría “limitar, en lugar de expandir, nuestra capacidad para mostrar cómo [los niños] contribuyeron de manera significativa al cambio a lo largo del tiempo” (traducción propia). Sobre todo, argumenta la autora, porque se parte de miradas binarias (“adulto/niño; bueno/malo; poderoso/impotente”) que restringen la percepción de matices.

La necesidad, entonces, de reconocer particularidades en los modos de actuación infantojuvenil, también en términos de actuaciones políticas, sugiere la importancia de repensar el concepto de agencia. En su revisión, Alexander (2015) propone el uso de *trabajo emocional* en la medida en que “proporciona una herramienta con la cual nombrar y criticar las relaciones de poder desiguales, al mismo tiempo que complejiza la comprensión convencional de ‘agencia’ como el ejercicio de la elección individual”. En concreto, se define trabajo emocional como una serie de actitudes que incluyen, por ejemplo, “enmascarar sentimientos, actuar de manera alegre y monitorear e intentar mejorar los estados emocionales de otros miembros de la familia” (Alexander, 2015, p. 125), entre otras posibilidades. Creemos que esta perspectiva enriquece el análisis de la variedad de respuestas que aquí relevamos.

Por otro lado, nos parece importante esclarecer que, a la hora de analizar la presencia de los pobladores más jóvenes en esta gesta popular, aparece la cuestión de la edad como un aspecto a problematizar. En los registros fotográficos se identifican sobre todo chicos en edad escolar, además de jóvenes y adultos. Las entrevistas realizadas, por su parte, reflejan experiencias de personas que tenían entre siete y trece años cuando sucedieron los hechos, diferencias etarias que se enmarcan entre los inicios de la escolarización primaria y su finalización.

3 De hecho, en el campo de los estudios políticos, “un agente – dice O’Donnell- es alguien dotado de razón práctica: usa su capacidad cognitiva y motivacional para decidir opciones que son razonables en términos de su situación y metas (...) esta capacidad hace de él/ella un agente moral, en el sentido de que normalmente se sentirá (y será considerado/a por los otros) responsable por sus opciones y por (al menos) las consecuencias que siguen directamente de ellas” (2003, p. 59).

Partimos de entender que la edad es un “sistema históricamente contingente de relaciones de poder y expectativas culturales” (Paris, 2008, traducción propia). Es evidente que el repertorio de edades marca realidades disímiles que dialogan, también, con los elusivos límites de la pubertad. En este trabajo advertimos estas diferencias, y procuramos reflejarlas en la variedad de modos de expresión, interés y participación de ese mundo que denominamos infantil, pero en cuyo interior encontramos realidades heterogéneas que coinciden, eso sí, en diferenciarse -de diferentes formas- de lo adulto.

Así, a través de un cruce de fuentes, reconstruimos la experiencia infantil en el Pueblazo. A partir de sus memorias, tres hombres y una mujer⁴ recuerdan su propia participación mientras surgen rastros propios de aquella etapa dictatorial revisitada en la memoria de la infancia. Desde un punto de vista metodológico complementamos la producción de memorias desde la perspectiva de la historia oral con la consulta de fuentes primarias y secundarias que iluminan aquellas jornadas, como también prensa local y recuperación de fotografías publicadas en los periódicos o donadas al archivo del museo local.

Ordenamos el trabajo en tres partes, la primera presenta algunos breves pero indispensables comentarios acerca del contexto general. La segunda está dedicada a reconstruir una cronología de los eventos. En la tercera nos dedicamos a analizar la participación infantil. Como demostraremos, las experiencias infantiles no suponen una réplica miniaturizada de las acciones, actitudes y potencialidades del mundo adulto. Sino que, a partir del análisis, es posible reconstruir un ordenamiento infantil de lo emocional que distingue formas de participación en las que se puede identificar un sentido de lo político y una clara vocación de formar parte. Lo anterior, mediante una serie de acciones realizadas dentro de un escenario de prácticas admisibles para las niñas en el referido contexto, que variaron en carácter e intensidad de acuerdo con el mundo adulto.

El contexto

La última dictadura cívico-militar argentina, que se extendió desde 1976 a 1983, supuso una ruptura institucional que dio por finalizada la tercera experiencia política del peronismo (1973-1976) y profundizó una impronta represiva y violenta de la vida social. En un complejo entramado que ensambló el accionar de fuerzas armadas, de seguridad y civiles afines al régimen, se desarrollaron diferentes procesos de disciplinamiento social, con diversas derivas e intensida-

⁴ Dos se hicieron de forma presencial en General Belgrano en abril de 2023, y las dos virtuales a través de videollamadas en junio y septiembre de 2023.

des, que incluyó en su forma más extrema la persecución, captura y reclusión de personas asociadas a ideas “subversivas” en centros clandestinos de detención, tortura y exterminio.

Durante esos años, las niñeces y juventudes quedaron en el centro de discursos tradicionalistas y nacionalistas que, conjugados con la impronta del catolicismo más conservador, apuntaron a preservarlos de aquello que se consideraba como desviaciones peligrosas (Osuna, 2019). Por eso se dio curso a una incisiva intervención de la cultura, en general, y de las instituciones educativas en particular, para reclamar un tutelaje adulto que evitara descarrilamientos “subversivos” en las mentes más jóvenes. En ese esquema, las desapariciones forzadas junto al robo de bebés y niños(as) pequeños(as) fueron el corolario de una época en que, en lo cotidiano, se instaló la sospecha, el miedo o la resignación como parte de rutinas atravesadas por la censura. Lo anterior se ensambló con un modelo de acumulación asociado al capital financiero pero que conllevó un proceso de desindustrialización, especulación, endeudamiento y desmantelamiento del Estado de Bienestar en tanto se sentaban las bases para una reformulación neoliberal con profundas huellas negativas en las realidades de las capas sociales más desprotegidas (Torrado, 2002).

Es oportuno señalar que el caso que estudiamos se sitúa en un escenario provincial intensamente afectado por las dinámicas de la dictadura, a pesar de su vastedad y diversidad. En efecto, en la provincia de Buenos Aires el “proceso de formación de un Estado terrorista” fue particularmente intenso pues se construyó, según Lenci (2014, p. 222), “de forma temprana y especialmente cruenta”. Con el inicio de la última dictadura se cristalizó un devenir represivo iniciado en 1955, mediante una articulación entre la legislación provincial -que posibilitó un progresivo deterioro de derechos-, formas de represión legal y circuitos represivos ilegales con prácticas de tortura bajo la lógica de la eliminación sistemática de un “enemigo interno”. Estos circuitos se caracterizaron por la superposición entre fuerzas armadas y policía, que tuvo una destacada importancia. Si bien la capital provincial y el conurbano bonaerense fueron epicentros de persecución, la impronta represiva se dejó sentir en diversos partidos, aunque en modo desigual. Por eso en algunos espacios del interior bonaerense se percibía una suerte de aislamiento respecto de dichas dinámicas.

La dictadura comenzó a perder solidez especialmente luego del traumático resultado de la guerra de Malvinas a mediados de 1982. La salida de Leopoldo F. Galtieri fue seguida por el ingreso de Reinaldo Bignone, quien asumió la tarea de dar por terminada la experiencia dictatorial en un contexto de agotamiento y descrédito. Por eso el recambio de calendario consolidó la sensación generalizada de que el traspaso político era inevitable y que el gobierno de facto daría paso

a otro elegido democráticamente, una cuestión que se evidenció con la consagración de Raul A. Alfonsín, de la Unión Cívica Radical, como presidente electo. En esos meses previos en que inició un proceso de transición hacia la recuperación democrática, no exento de dificultades, es que se dio el Pueblazo, cuya cronología desarrollaremos a continuación.

Las tierras

Para comprender los eventos de 1983 es necesario comenzar por 1952. Ese año el peronismo provincial decidió expropiar una estancia llamada “Santa Narcisa” en los contornos rurales de General Belgrano, propiedad de una acaudalada familia con destacados contactos políticos, sociales y empresariales. Y, en el marco de una política de colonización agrícola, se dio a la tarea de fraccionar esas tierras, convocar a familias productoras y entregar lotes para fomentar la producción ganadera. Es por eso que a colonia justicialista “Eva Perón” -luego del derrocamiento de Juan D. Perón, “El Salado”, en alusión al río que bañaba parte de sus tierras- fue una muestra de dos cosas: del ímpetu que todavía tenía la colonización agrícola en el ámbito provincial durante el peronismo (incluso cuando esta política estaba en declive a nivel nacional) y del interés -limitado, pero concreto- que tenía la instalación de familias rurales en zonas rurales que pudieran fomentar el enlace con lo urbano.⁵

Aun así, no es menos cierto que la estancia no encuadraba, precisamente, en la definición epocal de un latifundio improductivo.⁶ Que quedara bajo la mira del instituto colonizador provincial respondió a una variedad de cuestiones⁷ que

5 Esto es porque, en el marco de la política colonizadora de la época, se creaban algunas colonias a escasos kilómetros de las ciudades cabeceras de los partidos o departamentos con la intención de generar arraigo, pues se creía que facilitaría el acceso a bienes y servicios urbanos (ver De Marco, 2017).

6 Pero en las instalaciones de “Santa Narcisa” también funcionaba una granja que abastecía a una fábrica de dulces y mermeladas, de extracto de tomate y dulce leche para consumo familiar e industrial. También se producían quesos y miel, emprendimientos que daban trabajo a un centenar de pobladores locales (Katz, 1984).

7 En principio, la estancia estaba asociada a un linaje de grandes propietarios de cuño conservador. Que esas tierras fueran distribuidas entre familias rurales para trabajarlas directamente era, sin dudas, un claro gesto político. Por otro lado, que el encargado de la fábrica de dulces, Pedro Moroy, fuese un entusiasta afiliado del Partido Peronista y primer presidente de la Cooperativa Agropecuaria (1950) del partido no es una cuestión menor. Esta última entidad estuvo profundamente involucrada, pues sugirió la expropiación, y una vez realizada se encargó de inscribir y seleccionar a las familias que pasarían a explotar las tierras, como también de gestionar por un tiempo la misma fábrica. En línea con lo que sostienen de Arce y Salomón (2014), pudo tratarse de un gesto con más peso simbólico que económico.

fundamentaron la expropiación de 3.094 hectáreas que, desde 1952, pasaron a configurar una colonia con una veintena de lotes adjudicados. Aunque una porción de tierra, el casco de la estancia, el bosque y la fábrica, quedó reservada al Ministerio de Asuntos Agrarios (MAA, Provincia de Buenos Aires. Ministerio de Agroindustria, s/f). Como en otros emprendimientos similares, se suponía que se reservaban para fundar una escuela, un apiario, una iglesia o un club (Katz, 1984). Es decir, espacios de utilidad común para los vecinos. Esas fueron, precisamente, las tierras en conflicto.

Como sucedió con otros casos contemporáneos, la colonia belgranense tuvo un periodo de apogeo seguido por un deterioro. Un acompañamiento institucional endeble y los vaivenes propios de tiempos con reiteradas rupturas políticas hicieron que la esencia de la vida en la colonia se fuese perdiendo mientras algunas familias se iban a vivir definitivamente al pueblo. Para inicios de los ochenta la pérdida del carácter original era evidente. Lo que es importante es que la creación de la colonia había sido percibida como un proceso transformador. Para un grupo de familias había significado acceder, en calidad de propietarias, a tierras expropiadas, subdivididas y entregadas de acuerdo con las prioridades oficiales. Pero ese espacio también pasó a formar parte de lo que el pueblo, como conjunto, consideró como propio. La antigua estancia se había convertido en “la colonia” y los eventos ocurridos a finales de la dictadura demostraron que, más allá de posibles diferencias, la gente de General Belgrano no estaba dispuesta a cederla.

El Pueblazo

Fue en abril de 1983 cuando se supo que el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Jorge Aguado, había prestado su firma para aprobar la venta de una parte de la colonia “El Salado”. Más específicamente la reserva a cargo del MAA donde, además, funcionaba el apiario “Pedro J. Bover”. Los apicultores, alarmados, comenzaron a coincidir en la necesidad de dar una respuesta organizada. La colonia, como escenario de pujas simbólicas desde su creación, albergaba un descontento que la desbordaría en florecientes prácticas de resistencia hasta llegar al mero corazón del pueblo.

Sobre un acuerdo mayoritario, a fines de abril se decidió reunir a todos los partidos políticos (Unión Cívica Radical, Partido Justicialista, Movimiento Integración y Desarrollo, Partido Socialista Democrático, Partido Intransigente), representantes municipales e instituciones significativas del partido (Asociación de Fomento Rural, Centro de Comercio e Industria y el Centro Apícola) (Katz, 1984). Era para todos evidente que era menester frenar una venta apresurada que

generaba sospechas. De hecho, un vecino consideraba que se intentaba “destruir una *reliquia*”. Otro parecía resumir el espíritu general al decir que había que “*proteger el patrimonio de la provincia*, porque cuando venga el gobierno constitucional *no vamos a tener nada*” (Katz, 1984, pp. 67, énfasis nuestro).

Las estrategias iniciales oscilaban entre dilatar lo más posible la decisión, al especular con que el gobierno democrático fuese un interlocutor más razonable; o arremeter frente a la sospecha de que se ocultaban intereses económicos que avanzarían de forma irremediable. Aun así, las discusiones coincidían en algunos puntos nodales: el patrimonio de la comunidad estaba en riesgo, era un avasallamiento a la voluntad popular y se requería de una acción conjunta, lo que en la práctica significaba reunir diversidad de voces. Rememorado desde el presente, la inminente vuelta a la democracia alimentaba el espíritu general de resistencia ante un gesto que se vivenciaba como de un autoritarismo desfasado. En ese contexto surgió la decisión de elevar una carta documento a la gobernación provincial que no tuvo, sin embargo, respuesta.

Al parecer, los argumentos del MAA a favor de la venta giraban en torno de que los terrenos no tenían un uso concreto, pues en parte estaban abandonados y en parte habían sido ocupados ilegalmente. También se afirmaba que el apiario era deficitario. Por eso, para la conducción del ministerio, su remate era un hecho justificado y consumado. Se explicaba que con el dinero de la venta se pretendía engrosar un fondo de fomento agrario destinado a una -para entonces- fantasmal política colonizadora. Pero poco resonaban esas promesas en los belgranenses. De hecho, la convicción de saberse un pueblo del interior, periférico como interlocutor, también se expresó entre las quejas de los vecinos.⁸

En menos de un mes el ministro de asuntos agrarios, Félix Bereciartúa,⁹ se apersonó en las tierras del conflicto. Al llegar mantuvo su posición y concedió, eso sí, una decena de hectáreas para que el apiario siguiera funcionando. Lejos de quedar conformes, los representantes belgranenses concertaron unas pocas semanas después una entrevista con el ministro de gobierno provincial para reforzar el reclamo y denunciar el ocultamiento de documentación en el expediente. El tiempo avanzaba, las tensiones aumentaban y mientras tanto, la prensa

8 Uno de ellos, en la reunión de fines de abril, demandó: “(que) el Sr. Gobernador nos diga a los belgranenses si con el dinero de la venta piensa hacer cloacas en el Gran Buenos Aires” (Katz, 1984, pp. 72).

9 Antes de desempeñarse en el Ministerio de Asuntos Agrarios (1982-83), Bereciartúa había sido comisionado municipal del partido bonaerense de Bolívar (1976-1982). Fuente: Hablemos de Política, 16 de mayo de 2016, Falleció Félix Bereciartúa. Consulta 05 de marzo de 2024: http://www.hablemosdepolitica.com.ar/bolivar/950_fallecio-felix-bereciartua.html

local removía descontentos mientras periódicos provinciales y nacionales se hacían eco, con curiosidad, de los sucesos.

A mediados de julio el municipio se reunió con los vecinos autoconvocados (Semanao El Sur, 21 de julio de 1983, portada) e intercambió mensajes con el obsecado ministro de asuntos agrarios que negó de plano la posibilidad de donar los terrenos de la discordia a la administración local. En el mes de agosto la situación no hizo más que enredarse entre demandas en aumento y evasiones como respuesta. El día 17 se publicó una solicitada multipartidaria en la que se expresaba:

ya se agotaron las instancias administrativas (...) quienes manejan y manejan el país como su propia gran estancia, tienen asignado para los ciudadanos el papel de peones a los que se les niega la capacidad de decidir. Hoy, en el triste ocaso del régimen, el peor en todo concepto que haya soportado el país (...) se apresura la liquidación del patrimonio nacional con distintas excusas y oscuros fines (...) ¿Cómo pretender que nuestro problema, la venta de la colonia El Salado, fuera a tener un tratamiento distinto que el que da el gobierno en todos sus actos? (...) (El Imparcial, 17 de agosto de 1983, p. 5)

Por eso, para la gente, el remate de las tierras no tenía que ver solamente con su valor económico o los posibles usos que la comunidad pudiera darle. Ganar la pulseada era una cuestión de amor propio frente al destrato, una muestra de fuerza y madurez frente a la infantilización a la que se habían sentido sometidos: “está en juego *nuestra propia dignidad*. Un pueblo entero ha sido ostensiblemente atropellado por un ministro de facto que no lo considera digno *ni capaz de decidir por sí mismo*”. También era un modo de rebeldía justo cuando se vislumbraba la salida, pues los firmantes desconocían la autoridad del gobernador sobre el asunto al afirmar que la decisión sólo podía emanar de un gobierno constitucional. Finalmente, se trataba de dejar un legado. Al terminar la solicitada, se leía en mayúsculas: “EL PUEBLO DEBE LUCHAR POR SUS DERECHOS. *NUESTROS HIJOS NO NOS REPROCHARÁN POR HABER SIDO COBARDES O INDIFERENTES*” (El Imparcial, 20 de agosto de 1983, portada, énfasis nuestro).

El tradicional periódico *El Imparcial* en la edición del 20 de agosto de 1983 declaró que era tiempo de asumir responsabilidades mientras se anunciaba la inminente convocatoria a una asamblea general comunitaria (El Imparcial, 20 de agosto, portada). En los panfletos que comenzaban a circular no se descartaban nuevas asambleas, cortes de rutas y suspensión de pago de impuestos, mientras se exhortaba: “¡Únase a su pueblo! Defendamos juntos nuestro derecho a no ser tratados como ciudadanos de segunda” (Katz, 1984, p. 81).

Sin obtener respuesta, y en medio de un clima de creciente disconformidad, el comisionado municipal Héctor Daniel Finochietto puso en marcha una provocativa estrategia. Promulgó una ordenanza (Nro. 6/83, 23 de agosto de 1983) que declaraba de utilidad pública las tierras en discusión, mientras ordenaba su expropiación. A fines de agosto en el Juzgado Civil y Comercial de Dolores se dio curso a un amparo y se ordenó ponerle fin a la subasta que pretendía la provincia (Semanaario El sur, 1 de septiembre de 1983, s/d). El costo político no se hizo esperar. Apenas iniciado el mes de septiembre el gobierno provincial desplazó a Finochietto de la intendencia al alegar que había actuado con exceso y de forma ilegítima. Se dispuso su reemplazo por Rubén D'Amore,¹⁰ un funcionario enviado desde la capital bonaerense para poner fin al atrevimiento pueblerino. Cuando al mediodía del 2 de septiembre llegaron los delegados provinciales, un importante grupo de vecinos ya se había reunido en la municipalidad para manifestarse. Y, aunque se gestionaron los documentos para el traspaso de autoridad, D'Amore tuvo que regresar a la capital provincial cuando la gente ocupó el municipio.

Con pacifismo, pero con una innegable contundencia, el Pueblazo se desplegó por General Belgrano. A la tarde de ese mismo día una nueva concentración popular ganó las calles: frente al municipio se cantó el himno nacional y fueron haciendo uso de la palabra diferentes representantes políticos (Katz, 1984, p. 94). Como recogía *El Imparcial*, se trataba de un “movimiento espontáneo de una comunidad tocada en su amor propio (que) presta(ba) su apoyo al intendente destituido” (El Imparcial, 3 de septiembre de 1983, portada).

Cuando aún estaban lejos de calmarse los ánimos, llegó la policía provincial con la intención de reponer a D'Amore, cuestión nuevamente derivada en fracaso. Una decena de vecinos quedaron en el municipio bajo la promesa de no ser desalojados, con carteles que rezaban: “municipio tomado en defensa de la soberanía del pueblo” (Crónica, 4 de septiembre de 1983, s/d; Tiempo Argentino, 3 de septiembre de 1983, s/d; La Razón, 3 de septiembre de 1983, s/d). La prensa, incluso la de tirada nacional, no dudó en calificar los acontecimientos como un “hecho inusual, no exento de características espectaculares” e incluso de “rebelión”.

Sin embargo, en la madrugada del 4 de septiembre, mientras (¿todos?) dormían, quince carros de asalto con unos doscientos efectivos de la policía provincial se desplegaron para desalojar la municipalidad (Clarín, 5 de septiembre de 1983, pp.24-25; Comunicado de prensa de los manifestantes, Nro. 5, 04 de septiembre de 1983, 9hs). Una vez desocupada, tanto en la iglesia del pueblo como en la sede del Club El Salado continuó la organización de la protesta. Para cuando

10 Provincia de Buenos Aires. Poder Ejecutivo. Decreto Nro. 1263, 01 de septiembre de 1983.

llegó el mediodía el pueblo seguía copado por la agitación mientras, de paso por allí, llegó una figura política de la talla de Oscar Allende, exgobernador de la Provincia de Buenos Aires (1958-1962) y a la sazón candidato a presidente en las siguientes elecciones por el Partido Intransigente. Sus palabras de apoyo fueron bien recibidas y antecedieron una manifestación multitudinaria coronada por una asamblea popular que se celebró a la media tarde en la plaza principal. En ese contexto se sostenía la negativa al remate de tierras, se pedía el desalojo policial de la sede municipal pero también una solución al nombramiento de un nuevo intendente que tuviera en cuenta la voluntad popular, que era al fin lo que estaba en juego. De no contemplarse el pedido, se advirtió sobre una serie de medidas de fuerza que comenzaron a la medianoche. En efecto, el lunes 5 de septiembre General Belgrano amaneció con comercios cerrados, calles inundadas de manifestantes que entonaban reiteradamente el himno nacional y una



Imagen 1. La portada del periódico El Imparcial celebra los resultados del Pueblazo (1983)

Fuente: El Imparcial, 07 de septiembre de 1983, portada.

plaza principal abarrotada de vecinos (Crónica, 5 de septiembre de 1983, p. 11). En horas del mediodía el gobernador se hizo presente para anunciar que la venta de los terrenos quedaba en el olvido y que procedía a facilitar los mecanismos para designar a un intendente elegido de una terna consensuada por los vecinos. De este modo se resolvieron los meses de conflicto.

En el transcurso de unos días, el pueblo de General Belgrano ocupó el espacio público y tomó la delegación municipal en protesta, impugnó la designación arbitraria de un intendente, logró imponer otro elegido popularmente y, también, conservó el patrimonio que reclamaba. Pero en ese despliegue significativo, ¿qué lugar ocuparon los más jóvenes? ¿cómo identificar la participación infantil en el marco de un suceso que conmocionó la cotidianidad local y que, incluso, trascendió al darse a conocer en diferentes medios provinciales y nacionales? ¿de qué modos esas modalidades de actuación infantil iluminan ordenamientos y dinámicas pueblerinas, y qué significa a la hora de reconstruir esos modos específicos de transitar la infancia en dictadura?

Los chicos(as)

Un escritor y periodista oriundo de General Belgrano, Miguel Briante, redactó por aquellos días una crónica sobre el Pueblazo para el periódico *Tiempo Argentino*. A modo de corolario eligió recoger la siguiente escena:

Hacia el final del final, el lunes, en la plaza, algunos notorios dirigentes, que esos días habían batallado duro, daban paso a otros empujadores menos gastados, no sin comentarios cercanos a la sorna: ‘los que no estuvieron en nada, ahora se quieren quedar con todo’, decían, mirando hacia el centro de la plaza donde un joven estudiante instaba a cantar el himno nacional (citado en Katz, 1984, pp. 112).

La anécdota resulta sugerente para pensar en la participación de personas de diferentes edades. Señala un entusiasmo juvenil que persistía más allá de la resolución del conflicto (y del cansancio de los mayores). Pero también sugiere cómo las miradas adultas prestigiaban la actuación que pudo discurrir, a diferencia de la infantojuvenil, entre despachos y papeles. Sin embargo, en las líneas que siguen pretendemos reconstruir diferentes modos en que los niños(as) pudieron involucrarse en los acontecimientos. En efecto, la persistencia del estudiante entonando el himno pareciera significar que el Pueblazo adquirió un sentido propio para quienes, desde la perspectiva de los “protagonistas” -luego volveremos sobre esto- “no estuvieron en nada”.



Imagen 2. Marcha en el centro del pueblo de General Belgrano con vehículos policiales de fondo.
Fuente: Taller de Historia Belgranense



Imagen 3. Marcha por el centro del pueblo, encabezada por una bandera argentina.
Fuente: Taller de Historia Belgranense

Una pista para acercarnos a la presencia infantil en el Pueblazo la da un surtido de fotografías que forman parte del corpus documental que integran una memoria institucionalizada sobre lo ocurrido.¹¹ Tal vez a primera vista no resulte evidente, pero al ampliarlas los niños aparecen. Una mirada atenta sobre esas imágenes, digitalizadas y distribuidas en las redes sociales para ser utilizadas en cada aniversario o como material pedagógico en las escuelas, permite distinguir pequeñas figuras en el espacio público durante las jornadas de protesta y cuando la solución estaba encaminada. Y algunas, incluso, imprimen un carácter peculiar al retrato de los acontecimientos, pues se puede ver niños(as) haciendo “cosas de niños(as)”. Elegimos algunas instantáneas para ilustrar estas cuestiones.

La *Imagen 2* es representativa de varias más en las que se puede distinguir un colectivo de manifestantes entre los que emergen figuras menudas. Algunos niños encabezan las marchas, adelantando algunos pasos a los adultos; otros permanecen en los flancos, junto a otros coetáneos, tal vez más cerca de sus madres y padres. En algunas tomas se identifica una bandera argentina al frente, mientras de fondo aparecen vehículos policiales que recuerdan que el municipio fue desalojado a la fuerza hace pocas horas.

La atmósfera que transmiten las imágenes es de solemnidad y fuerza. Los belgranenses dan curso a sus reclamos con tozudez en un clima pacífico. Las actitudes infantiles replican al espíritu general, de modo que en algunos rostros se vislumbra una seriedad comprometida, pero en otros aparecen morisquetas propias del entusiasmo del momento. Incluso, en la *Imagen 3*, el niño de pullover bordó se vuelve a los manifestantes mientras levanta ambos brazos en un gesto que resulta risueño para algunos adultos pues parece arengarlos, incluso varios de ellos lo observan e imitan (¿o el niño los imita a ellos?). En cualquier caso, lo observado sugiere que los niños(as) comprenden, comparten y replican en general el surtido de emociones experimentadas.

La *Imagen 4* devuelve uno de los momentos más tensos, cuando al enviado provincial designado para reemplazar al comisionado municipal destituido se le impide tomar posesión del cargo y es obligado a retirarse. Se observa en el centro de la escena el vehículo que llevará de retorno al funcionario, rodeado de un conjunto de gente que expresa su descontento, incluido el exintendente Finochietto a la derecha. Pero en el margen izquierdo se asoma de espaldas una niña que, abrazada a sus libros y cuadernos, viste un guardapolvo. No resulta extraña

11 Es importante destacar que cada año se realizan en General Belgrano actos conmemorativos y que el Taller de Historia Belgranense, coordinado por la museóloga Clara Rodríguez, puso a disposición de la comunidad una amplia cantidad de documentos digitalizados. Estas imágenes que elegimos forman parte del corpus que habitualmente se comparte sobre el evento.



Imagen 4. Salida del delegado provincial para suplantar al comisionado municipal desplazado. Fuente: Taller de Historia Belgranense



Imagen 5. Reunión de manifestantes en torno de disertantes locales en el centro del pueblo. Fuente: Taller de Historia Belgranense

su presencia porque los eventos ocurrieron cerca del mediodía, en coincidencia con la salida de los escolares del turno mañana y el ingreso de los de la tarde. La chica, parada al frente del auto, casi estorbando su salida, se detiene a observar lo ocurrido.

En la *Imagen 5* el pueblo de General Belgrano está reunido frente a la iglesia local. Los vecinos se arremolinan alrededor de un vehículo donde se improvisó una plataforma desde donde los representantes del movimiento disertan con megáfonos e informan a los congregados que están de pie en todos los lugares posibles. Entre algunas cabezas entrecanas se identifican algunos niños(as); pero el que llama la atención es el que está en el margen inferior izquierdo, un chico parapetado en una columna desde donde puede seguir los debates desde más altura. Precisamente, uno de nuestros entrevistados (E. S) es ese niño.

Pero no en todos los casos los niños(as) estuvieron en las marchas; en algunos casos vivenciaron los acontecimientos desde otra perspectiva, la que le brindaba su cercanía con el poder local. Por eso, una vez que el problema encontró solución, al hacerse presente la autoridad provincial y anunciar que se concedían las demandas, se celebró una ceremonia religiosa donde se puede observar a los asistentes cantando, según sugiere el gesto de las manos llevadas al pecho, el himno nacional. Los pequeños retratados, hijos del comisionado municipal



Imagen 6. Misa realizada con posterioridad a la resolución del conflicto.
Fuente: Taller de Historia Belgranense

destituido, replican el gesto mientras están de pie entre quienes desde diferentes espacios protagonizaron el conflicto (*Imagen 6*). Otra imagen mostraba a los hijos de un destacado representante del radicalismo local en cercanía de Oscar Allende, también junto a su esposa y sus hijos, con gesto alegre.

En suma, esta selección de imágenes permite ubicar en el escenario del Pueblazo un repertorio de gestos y actitudes de los niños(as). A partir de este esbozo es posible imbricar con el recuerdo de dichas experiencias para pensar en diferentes formas de sentirse y ser parte de lo ocurrido, así como el abanico de emociones que ello despertó.

En ese sentido, una cuestión inicial a señalar es que la forma de involucrarse con las protestas no era idéntica para todos los niños(as): algunos se sumaron espontáneamente a los eventos, otros iban exclusivamente a las marchas con sus papás y otros visualizaban los acontecimientos a cierto resguardo. Esta variedad de experiencias dependía de la edad pero también de los hábitos previos en cuanto a habitar el espacio público, los modos de transcurrir el tiempo libre y los permisos parentales.

Para algunos, participar de las marchas fue algo espontáneo y avivado por la curiosidad –por eso se los podía descubrir trepados en algún lugar alto, o escurriéndose detrás de los adultos –, o por la oportunidad, si acababan de salir de la escuela. Pero para otros tenía que ver con la disposición de sus padres, madres o adultos a cargo, sus posicionamientos políticos y su grado de interés pues, si hay algo cierto, es que todo el pueblo estaba al tanto de lo que ocurría. De esas diferencias dan cuenta los siguientes testimonios: “lo que te puedo decir del Pueblazo es eso de recordar las acciones en el Municipio repleto de gente adentro, asambleas grandísimas, cantidad de gente que quedaba afuera, *yo me metía de colado a ver qué decían* (Entrevista a E. S). En palabras de otro entrevistado, “lo que me acuerdo es participar de las marchas, me llevaban mis viejos, *yo no andaba solo, andaba con mis papás* (Entrevista a S. N).

Durante aquellos días se desplegaron diversos dispositivos para invitar a los belgranenses a formar parte de las movilizaciones: a través de la prensa local, panfletos impresos, autos con altoparlantes, difusión de los partidos políticos, el boca en boca y también una radio de circuito cerrado que era oída en casi mil hogares. La radio “Zabalza” cumplió un importante papel. En esos álgidos días se escuchó a su director y locutor, Mauricio Zabalza, decir:

Usted tiene que estar presente en un momento así. Usted que está preparando la comida o está leyendo las últimas noticias... caminando, todos para el palacio municipal (...) Todo en paz, con verdadero amor. De usted

depende. La esperamos señora, a usted también señor. *Vengan con sus hijos* (Van der Horst, s/d, énfasis nuestro).

La convocatoria era amplia, pero apuntaba particularmente a las amas de casa, a los padres de familia y, sobre todo, se transmitía tranquilidad, pues al incluir a los niños(as) se garantizaba la pacificidad del movimiento. El Pueblazo era un espacio seguro también para los habitantes más jóvenes.

Es cierto que para algunos niños(as) se trataba de algo más personal, ya que tenían familiares que vivían en la colonia y eso hacía que conocieran el espacio y conectaran con el temor a perderlo: “(la colonia) era donde nosotros habíamos crecido, donde nosotros íbamos siempre y nos iban a sacar ese lugar, así que para nosotros era importante, ahí vivía mi tío” (Entrevista a S. N). Pero en los casos en los que los niños(as) desconocían la procedencia del campo en cuestión, de todas formas, se estableció una conexión: “en un pueblo del interior se desata algo que no entiendo muy bien, era una propiedad, un campo, yo no lo conocía, pero se percibe... estaba en el aire del pueblo la situación. Eso fue lo que se percibía, fue instantáneo y fue colectivo, sin ninguna duda.” (Entrevista a E. S.).

De cualquier modo, los acontecimientos tenían un carácter distinto en cada familia, incluso algunas no acordaban políticamente con lo que acontecía. Es el caso de G. V., cuya familia se vinculaba con la Armada Argentina, y tras experimentar el temor de ser blanco de algún ataque en el conurbano, llegaron a General Belgrano buscando un entorno tranquilo. De hecho, al pensar en el tema no se refiere al Pueblazo sino a la fecha y destaca su sensación de incomprensión frente a lo percibido: “y respecto a lo que era el 2 de septiembre, ¿qué fue lo que me disparó?, mi padre tenía el negocio enfrente de la municipalidad y prácticamente lo palpamos casi todo a eso (...) Y después, mucha movilidad (...) Eso es, *mucha movilidad sin saber qué pasaba básicamente* (Entrevista a G. V). Como se puede notar, desde su experiencia la gesta popular transcurrió como un suceso del que se recuerda como un espectador, una sensación redoblada por la cercanía desde donde observaba sin comprender los acontecimientos.

Es último ejemplo ilustra experiencias en las que los adultos a cargo, por diferentes razones, no facilitaron los espacios para que los niños(as) se involucraran. De este modo, para algunas familias el Pueblazo se vivenció con cierto recelo, aunque, en realidad, fueron numerosas las que desfilaron por las calles con sus hijos(as), como lo demuestran los registros fotográficos. Aún así, como comentaremos luego, permitir la afluencia infantil era una decisión más bien fluctuante que se decidía al compás de las novedades.

Sin embargo, suponer que el desempeño infantil se limitaba al acompañamiento, el pispear y perderse en el gentío, sería perder de vista que existen ejemplos concretos sobre el modo en que el involucramiento de los más jóvenes influyó en el curso de los acontecimientos. En esa línea rescatamos la experiencia de un grupo de chicos de edades variadas -de 12 a 20 años- que fueron el sábado a la noche a bailar a un conocido boliche del pueblo, llamado Mi tía Sofía. Sucedió que, en algún momento de la madrugada, alguien se acercó con la novedad de que los militares habían desalojado el municipio, hasta entonces tomado por vecinos. Fue en ese momento en que decidieron ir caminado hasta el edificio municipal para confirmar la información que, de momento, sólo manejaban un puñado de chicos mientras los adultos dormían. Como recuerda E. S., que en ese entonces tenía 13 años, “llegamos al municipio. Esta(ba) uno de los camiones militares. Una cosa heavy, pensarlo en ese momento era heavy. Nos acordamos entre nosotros, ‘vayamos cada uno a su casa, les avisan a sus familias que vinieron los militares’, para que se organice una marcha a la mañana”. Es precisamente en torno de esta escena que aquella visión dividida entre quienes “estaban ahí” y los “protagonistas”, se desdibuja:

Fue en el momento en el que *yo más me sentí partícipe, no solo me impliqué sino que tomé una decisión* que fue ir hasta ahí, encontrarme frente a frente con los militares, ir a la casa de mis papás y decirles “levántense que vinieron los militares, están ocupando el municipio, tenemos que ir, va a ir todo el pueblo, hay que ir al municipio porque esto no puede estar pasando”. *Eso lo protagonicé de alguna forma con los muchachos del pueblo* (Entrevista a E. S, énfasis nuestro).

Este es el ejemplo más evidente acerca de cómo los más jóvenes no sólo estaban al tanto e involucrados con lo acontecido, sino que dieron forma a acciones que colaboraron con el curso de los acontecimientos, en colaboración con personas de diferentes edades. Frente al sigilo militar, que desalojó la sede municipal en el silencio de la noche, se planteó una estrategia infantojuvenil coordinada para circular la información y sugerir a los adultos que organizaran acciones concretas como respuesta. Esto último nos sugiere una disposición emocional, un ordenamiento de prioridades y capacidades de acción en torno de aquello que sabían que era importante para el pueblo.

Aun así, participar no siempre significaba estar presente en las marchas, seguir las discusiones o tomar decisiones de acuerdo con los momentos que se estaban viviendo. Los niños(as) encontraban diferentes formas, algunas diminutas y casi imperceptibles, de formar parte. En ese sentido, los hijos de un matrimonio que militaba en el Partido Intransigente, muy comprometido con los hechos, se

ocupaban de subrayar las partes más importantes de los panfletos que sus papás imprimían y que su abuela repartía entre los vecinos el domingo temprano en la fábrica de pastas donde compraba tallarines (Entrevista a N.N).¹² Otro ejemplo concreto es que a esos mismos niños se les impidió específicamente asistir a la disertación del candidato Oscar Allende. Cuando el papá expresó que seguramente sería un “discurso de barricada”, la mamá supuso que sería peligroso (o tal vez, inapropiado) y decidió que era mejor dejar a los chicos en la casa. Al regresar, los padres descubrieron que, en su ausencia, los niños(as) “habían hecho unas láminas hermosas *en contra de los militares, a favor del Pueblazo y la defensa de la colonia*” (Entrevista a N.N, énfasis nuestro). Esto último insinúa el modo en que siguieron involucrados emocionalmente con lo que pasaba y lograron plasmarlo de modo práctico con los medios a su alcance, con la intención de desplegar esos recursos en otros espacios en los que sí se les permitiera estar.

Por lo anterior, recuperamos lo planteado por Alexander (2015), la participación infantil podría pensarse desde la perspectiva de un trabajo emocional. Uno de los modos en que esto se puede interpretar es en la búsqueda de “ayudar” con lo que estaba pasando, por ejemplo, al llevar información a los adultos u organizar recursos para las manifestaciones. A pesar de lo anterior, es cierto que los modos más comunes de participar, como sumarse a las marchas o acercarse a presenciar los debates, muchas veces se hacía de la mano de los padres y madres u otros adultos a cargo. La iniciativa puede que no fuese estrictamente infantil, pero en ese plegarse a los adultos no significa que lo hicieran con desinterés, falta de entusiasmo o compromiso con lo que se estaba viviendo o que replicaran sin más lo que sucedía entre los grandes. E incluso cuando la participación se restringía a “estar ahí”, de algún modo eso ilumina el interés infantil por formar parte de aquella cultura democrática en efervescente reconstrucción.

Tal vez a esa variedad de modos de formar parte del Pueblazo a la que aludíamos antes responda las diversas formas en que conceptualizan, desde el presente, su participación. Por ejemplo, en el relato de E.S, que asistía con regularidad a los mítines o debates (es decir, testigo de escenas donde se podían percibir tensiones), trepándose en algún lugar alto o escabulléndose entre los grandes, se identifica una diferenciación entre “estar ahí” y “ser parte” respecto de “ser protagonista”. Con esto último se refiere a un puñado de varones adultos con influencia política (comisionado municipal, representantes políticos locales) y/o poder

12 Esta entrevista fue realizada por la museóloga Clara Rodríguez, para el Taller de Historia Belgranense. La actividad en la que se enmarcó dicha entrevista se tituló “El Pueblazo con voz de mujer”. Consulta 5 de septiembre de 2024: https://www.facebook.com/permalink.php?story_fbid=pfbidoOKfd7CtHD8UZRbWwzLuofXnFWhvoJUBzSBbwRzWqFy92aCRW9z5gMbfEkaH4VQ-del&id=106526387676162

económico (productores ganaderos renombrados) que verbalizaron descontentos y encabezaron negociaciones. En ese sentido, expresa: “yo era del pueblo, iba a mirar lo que decía la gente importante. *No era que uno participaba diciendo. Participaba siendo parte ¿te das cuenta? (...) Con 14 años lo entendí claramente y participé como un ciudadano, no como un protagonista*” (Entrevista a E.S, énfasis nuestro). En cambio, para quienes estar en el Pueblazo se circunscribió a ir con sus papás a las marchas y confundirse en la multitud en ese sentimiento común de resistencia, prevalece todavía la sensación de formar parte como uno(a) más; incluso, sin diferenciaciones por edades: “como era algo muy popular (el Pueblazo), no era... como que éramos todos importantes, si bien era chico, *yo no sentía diferencia entre un grande y yo que era chico participando de esas marchas, estábamos todos ahí defendiendo al pueblo* (Entrevista a S. N, énfasis nuestro).

A pensar de revelar registros diferenciados acerca del protagonismo en el curso de los acontecimientos, no cabe duda de que, en general, había una interpretación acerca de la significatividad del momento y una inmersión en el conjunto de sensaciones que el Pueblazo despertaba. Tal vez las palabras de S.N sean las que mejor grafican todo lo percibido: bronca, enojo, disfrute.

Yo creo que nadie sintió miedo. Era bronca, era otro sentimiento, enojo con los militares y eso. Incluso el mecánico que te contaba, los que hacían el auto loco, estaban con todas las manos engrasadas del taller y se las pasaban al milico en la cara, provocándolo y el milico duro. No, lo vimos, estábamos ahí con ellos. Y disfrutamos un poco de eso también (Entrevista a S.N)

Por eso, al evaluar a la distancia lo sucedido por aquellos primeros días de septiembre de 1983, resulta notorio que no solo interpretaban el clima sentimental generalizado, sino que podían desplegar un conjunto de emociones que se calibraban con lo vivenciado. Cuando se les pregunta acerca del Pueblazo y las sensaciones que eso les despertó, recuerdan el interés que les generaba: “éramos chicos, pero *queríamos entender y queríamos estar*” (Entrevista a S.N). También la sensación de pertenencia (“todos nos sentimos comprometidos de alguna forma”, Entrevista a E. S.) y de estar aportando a una causa compartida. Como resume E.S., “percibí el entusiasmo de mis padres, la apertura democrática”.

De algún modo resultaba claro que aquello que impulsaba al pueblo no era solamente – tal vez, ni siquiera principalmente – las tierras, sino el atropello y un manejo despótico que era inadmisibles en un escenario de cambio. Se trataba de una reconfiguración de la vida social y política que estaba teñida de entusiasmo, por eso se habla de haber participado “con esa ilusión, con esas ganas, que teníamos 13 o 14 años que la sociedad cambiara” (Entrevista a E. S). Y será por eso mismo que, a los vestigios materiales de la participación en el Pueblazo durante

algún tiempo se los atesoró en algunas familias, como explica S. N cuando advierte que pudo encontrar una foto suya en una marcha y que eso lo hacía sentir “muy orgulloso”. Incluso en el presente, cuando se suben fotos a redes sociales en los aniversarios del Pueblazo, es posible encontrar comentarios de quienes, siendo niños(as), se reconocen a sí mismos y lo comentan públicamente. Es decir, se establece aún una conexión respecto de lo que se vivió en la infancia y una significación desde el presente. Suponer que los chicos estaban ahí, simplemente, siguiendo el ruido, sería subestimar la capacidad infantil de procesar lo que se debatía.

Un balance

En el presente estudio nos pusimos como objetivo, a partir de un caso en el que se desplegaron circunstancias poco habituales, pensar cómo lo político se experimentó en clave infantil en el contexto del agotamiento de la última dictadura cívico-militar argentina, cuando se avizoraba una inevitable transición democrática. Lo anterior, desde lo excepcional de un evento analizado en un marco local acotado, con el trasfondo de vidas infantiles impregnadas de los rasgos de la etapa. Por eso, nuestro recorte propone una instantánea de lo infantil a lo largo de cuatro días convulsionados que nos permite pensar, como marco general, las vivencias infantiles cotidianas, pero también la participación en un modo concreto.

En el análisis encontramos que las experiencias infantiles resultan significativas en la medida en que alumbran los delicados, a veces imperceptibles, hilos que formaron la trama final de los acontecimientos. Esto supone que, aunque el registro de acciones infantiles es cualitativamente muy diferente al de los adultos, encontramos un ordenamiento de lo emocional y de las acciones posibles para este conjunto de la población, de modo de acompañar lo que sucedía con un claro sentido de lo político y con una clara vocación de formar parte. Esto en una coyuntura peculiar en que se resquebrajaba el andamiaje represivo, permitiendo la emergencia de inusuales prácticas de resistencia junto con la resignificación de espacios públicos con consignas políticas y la construcción de reclamos a través de un proceso colectivo. Lo anterior supone indagar en un ensamblaje entre los diversos grados de edad para complejizar la comprensión, en clave histórica, de la participación infantil en la referida gesta popular.

En dicho sentido, la presunta normalidad y aislamiento propios de un pueblo, como también de las niñeces, se ponen en tensión. Consideramos posible recuperar un sentido político propio de la experiencia de niños(as) con atención a sus posiciones en el entramado social específico. Sin embargo, a la hora de ana-

lizar la participación infantil, pensamos que sería un error avanzar en la búsqueda de acciones equiparables a las de los adultos. Sencillamente porque, en tanto niños(as), organizaban sus intereses, deseos, afectos y posibilidades de acción acorde a las potencialidades que les otorgaba una estructura social en esas particulares coordinadas. Es decir, no como una miniaturización de la agencia adulta, sino como un conjunto de expresiones posibles de acuerdo con las relaciones de poder que atravesaban los vínculos.

Resulta imposible, entonces, deslindar el estudio de lo acontecido respecto de realidades infantiles supeditadas a un mundo adulto representado por madres, padres, parientes, docentes o vecinos(as). Si la agencia entendida en esos términos fuese el punto cardinal, sería una búsqueda frustrante. Sin embargo, esta situación no resta interés a las prácticas infantiles pues permite advertir matices en sus modos de actuar que iluminan roles en aquella comunidad y posiciones dentro de las familias que la conformaban, con sus relaciones de poder basadas en el género y la edad.

A modo de cierre, en las modulaciones propias de la participación infantil y en la sutileza de esos actos, encontramos un repertorio de emociones que se recuperan como propias de aquella experiencia desde el recuerdo: emergen así el entusiasmo, el enojo, la bronca y la alegría. Por eso, nos resulta también sugerente preguntarnos si lo sucedido pudo ser un aprendizaje sobre lo colectivo, los valores democráticos, la resistencia a la imposición. ¿De qué modos esto pudo complementar o resultar disruptivo respecto del habitual silencio que gravita sobre este tipo de pueblos, supuestamente ajenos a la dictadura? Estas preguntas, más que concluir nuestra investigación, se proponen aquí como una apertura para profundizar lecturas que permitan abordar lo infantil en dictadura en coordinadas poco habituales.

Referencias bibliográficas

- Alexander, K. (2015). Agency and emotion work. *Jeunesse: Young People, Texts, Cultures*, Vol. 7, N° 2, 120-128.
- Arfuch, L. (2015). Memoria, testimonio, autoficción. Narrativas de infancia en dictadura. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, (6), 817-834.
- Basile, T. (2019). *Infancias: La narrativa argentina de HIJOS*. Eduvim.
- Cafaro Mango, A. L. (2022). “¿Cuánto hace que dejaste de jugar a las muñecas?": Infancias y adolescencias militantes durante la última dictadura cívico-militar en el Uruguay: El caso de Treinta y Tres. *Tramas y Redes*, (2), 99-122. <https://doi.org/10.54871/cl4c204a>

- Castillo, P. (2015). *Infancia en dictadura: Niñas y niños testigos: Sus producciones como testimonios*. Santiago: Infancia y Memoria.
- Castillo-Gallardo, P. y González-Celis, A. (2015) *Infancia, dictadura y resistencia: hijos e hijas de la izquierda chilena (1973-1989)*. En Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, vol. 13, N° 2, 907-921.
- Castillo-Gallardo, P., Peña, N., Rojas Becker, C., & Briones, G. (2018). El pasado de los niños: Recuerdos de infancia y familia en dictadura (Chile, 1973–1989). *Psicoperspectivas*, 17(2), 103–114.
- Chmiel, F. (2023). La artesanía del saber: sonidos, objetos y enigmas en la memoria de las infancias en el exilio. *Clepsidra. Revista interdisciplinaria de estudios sobre memoria*, vol. 10, N° 19, 89-108.
- De Marco, C. (2017) Colonizar en el periurbano. El caso de la Colonia Agrícola 17 de octubre - La Capilla, Florencio Varela, 1946-1966. Bernal: UNQ
- De Marco, C. (2024). Niñeces de “pueblo” (Provincia de Buenos Aires, décadas de 1970-1980). *Trabajos Y Comunicaciones*, (60), e209. <https://doi.org/10.24215/23468971e209>
- Gleason, M. (2016). Avoiding the agency trap: caveats for historians of children, youth, and education. *History of Education*, 45(4), 446-459.
- Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. (2023) Kicillof inauguró un edificio escolar y entregó computadoras a estudiantes de General Belgrano. Consulta 05 de marzo de 2024: https://www.gba.gov.ar/comunicacion_publica/gacetillas/kicillof_inaugur%C3%B3_un_edificio_escolar_y_entreg%C3%B3_computadoras
- James, A., & James, A. L. (2012). Key concepts in childhood studies.
- Katz, R. (1984) *El Pueblazo. Mito, leyenda o realidad. Belgrano y su gesta popular*. La Plata: Edición propia.
- Lenci, L. (2014). *Violencia política y terrorismo de Estado, 1955-1983*. En Berreneche, O. (Dir.) *Del primer peronismo a la crisis de 2001*, Colección Historia de la Provincia de Buenos Aires. CABA: UNIPE: Editorial Universitaria
- Leslie Paris (2008), ‘Through the Looking Glass: Age, and Historical Analysis’: 106–13
- Llobet, V. (2015a) “Y yo, ¿dónde estaba entonces?”. *Infancia, memoria y dictadura*. En Horizontes Sociológicos, N° 3, 46-57.
- Llobet, V. (2015b) “¿Y vos qué sabés si no lo viviste?”. *Infancia y dictadura en un pueblo de provincia*. En *A Contracorriente*; Vol. 12, N° 3, 1-41.
- Llobet, V. (2016) “Eso era lo normal”. *Ser niño en dictadura: un debate sobre la subjetividad y la política*. En *Revista de la Carrera de Sociología*, Vol. 6, N° 6, 90-119
- O'Donnell, G. Democracia, desarrollo humano y derechos humanos. En: Alcántara Sáez, M., O'Donnell, G. A., Iazzetta, O. M., & Vargas Cullel, J. (2003). Democracia, desarrollo humano y ciudadanía: reflexiones sobre la calidad de democracia en América Latina, pp. 28-125.

- Osuna, M. F. (2019). “¿Sabe usted qué está haciendo su hijo en este momento?”: Políticas de la última dictadura argentina hacia la infancia y la juventud. *Desidades*, (24), 10–17.
- Pérez, M. E., & Capdepón, U. (2020). Infancias “afectadas”: Los niños sobrevivientes en los procesos de lesa humanidad y los sitios de memoria. En L. Anapíos & C. Hammerschmidt (Eds.), *Política, afectos e identidades en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Provincia de Buenos Aires. Ministerio de Agroindustria (s/f). Cabaña Apiario Pedro J. Bover. Fuente: https://www.gba.gov.ar/sites/default/files/agroindustria/docs/Chacra_Apiario01.pdf
- S/A (2022) Gral. Belgrano: Indignación por borrado de un simbólico mural de “EL PUEBLAZO”. Artistas exigen explicación al municipio. Consulta 05 de marzo de 2024: <https://miradacentral.com/gral-belgrano-indignacion-por-borrado-de-un-simbolico-mural-de-el-pueblazo-artistas-exigen-explicacion-al-municipio/>
- Soto, I. P., & Kattan, N. S. (2019). Concepto de agencia en los estudios de infancia. Una revisión teórica. *Sociedad e infancias*, 3, 193-210.
- Sucari, L. (2021). La memoria como herramienta de (re)construcción: La restitución identitaria de las niñas y niños apropiados durante la dictadura cívico-militar argentina. *Revista de Estudios e Pesquisas sobre as Américas*, vol. 15, Nº 2, 8-30
- Torrado, S. (2002). *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Urosevich, F. (2023). “¿Qué hicieron con los/as niños/as que vivenciaron operativos de secuestro? Víctimas infantiles: Más allá de la apropiación (Argentina 1977–1979)”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(19), 53–70.
- Van der Horst, Adrian. “Pago chico, radio grande” *Revista Gente*, pp. s/d.
- Villagra Guajardo, A. (2022). Infancia en dictadura: Un análisis de las vivencias de niños y niñas expresadas en cartas, diarios de vida y dibujos (1973–1990).
- Villalta, C. (2009). De secuestros y adopciones: el circuito institucional de la apropiación criminal de niños en Argentina (1976-1983). *Historia Crítica*, (38), 146-171.